

Germán Marín:

“No Tengo una Idea Altruista de la Literatura”

por Anita Karina González

Después de obtener el respaldo de la crítica por su novela «Círculo vicioso», Germán Marín publica «El palacio de la risa» (Editorial Planeta, 1995), su tercer libro, en el que recrea la historia de Villa Grimaldi y el crimen de Edmundo Pérez Zujovic.

DURANTE mucho tiempo se consideró un escritor en bancarota. Lo era, dice él, porque mientras escribía, lo hacía “fuera de todo contexto editorial, de todo circuito”. Aislado, con la soledad que da el exilio. Por eso, más de una vez tuvo la impresión de ser escritor sólo frente a sí mismo, de carecer de imagen y función ante el prójimo, de sentirse fuera.

Luego de la exitosa aparición de su libro *Círculo vicioso* (Planeta), sin embargo, Germán Marín parece haber hecho su entrada definitiva al medio literario nacional. Esta novela —que junto a *Las cien águilas*, a editarse pronto, y a un tercer tomo que espera sacar en los próximos años, conformarían la trilogía *Historia de una absolución familiar*— le significó la obtención del «Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura» a la mejor novela publicada en 1994.

Un ingreso por la puerta ancha y el estímulo para la concreción de nuevos proyectos entre los que destaca la reciente publicación de *El palacio de la risa* (Planeta, 1995), obra de la que ya planea una continuación, e incluso, una posible versión cinematográfica a cargo de su amigo Raúl Ruiz.

—Este libro —explica— es un paréntesis dentro o fuera de la trilogía, pues hay vínculos interiores, referencias, personajes comunes. Un poco al modo balzaciano.

—¿Cuál es la razón de haber hecho este paréntesis antes de la publicación de *Las cien águilas*?

—Fue por un problema editorial. Estaban los dos libros entregados, y el editor prefirió publicar antes el *Palacio de la risa*. En el fondo, todo lo estoy trabajando bajo un mismo marco, donde se han ido uniendo las cosas.

—Ese afán suyo por unir la ficción y

la realidad de una forma tan radical, ¿no es un tanto peligroso, considerando que por momentos es difícil distinguir quién habla?

—Exacto. De pronto yo tampoco sé si soy el imaginario o el real. Tengo la mala costumbre, muchas veces, de contar hechos reales como mentiras, porque es el único modo de hacerlos creíbles. También tiene que ver con los géneros literarios. Creo poco en los géneros, creo que son materia de sastre.

—A juzgar por la disimilitud de los relatos de su último libro, parece que tampoco le gusta encasillarse en un solo estilo narrativo.

—No. Incluso si se compara este libro con *Círculo vicioso* se advertirán profundas diferencias. El contenido es el que me guía, me crea una sintaxis y un modo de relatar.

“Los elementos técnicos no están desnudos de contenido”

—¿Cómo decidió unir los relatos que forman *El palacio de la risa*?

—Escribí de manera discontinua. El primero, *Carne de perro*, lo empecé, lo dejé, pasó un par de años, lo retomé, escribí tres cuartillas, lo dejé, hasta que un día me di cuenta de que estaba terminado. Y el criterio para juntar *Carne de perro* y *El palacio...* es que estaban en una misma carpeta. Además, había otro texto, *Mudo*, que fue como un puente, al menos para mí.

—¿A qué se debe su obsesión respecto del asesinato de Edmundo Pérez Zujovic?

—Eso nació un día domingo después de almuerzo, al sentir una fortísima explosión que me pareció el bostezo de un ogro. El hecho que había ocurrido era el de aquel hombre que va al cuartel de Investigaciones, dinamitado, y explota. A partir de eso, me surgió la inquietud y empecé lentamente a investigar. Era una inquietud divagatoria. Además, me había parecido muy significativo el asesinato de Pérez Zujovic por el momento complejo que se vivía en la política chilena. Pero si el tema político era importante para mí entonces, al escribir fue la historia la que me entretuvo; una historia cruda, recargada de elementos.

—¿Cómo definiría la relación entre las dos voces que aparecen en *Carne de*



Germán Marín: “Creo poco en los géneros. Creo que son materia de sastre”.

perro, un narrador en primera persona, el asesino, y un narrador en tercera persona, a ratos condescendiente, a ratos crítico...?

—No hay que descartar que los elementos técnicos no están desnudos de contenido. Me interesó pasar de un recurso técnico a un contenido moral, en el sentido de ponerme detrás del personaje central, ser yo mientras era él. Ser un narrador cómplice.

—Y esa complicidad, ¿no tiende en algún sentido a justificar, a victimizar a los asesinos?

—Creo que no lo hago. Puntualmente, digo cosas muy brutales respecto a ellos, pero también digo pesadeces, en cuanto a que murieron en su ley, pero de mala forma. Todo fue sucio, porque esos tipos merecían un castigo legal, no el que se da cuando los matan como en una “vendetta”. Hubo por el mismo final una confusión de papeles; victimarios se convirtieron en víctimas. Una situación ambigua.

“La literatura no es una cama para enfermos”

—En el caso de *Villa Grimaldi*, ¿cómo trabajó la reconstrucción de la historia?

—Visitando el lugar. Lo que se dice en el texto tiene algo de verdad. Yo lo conocí siendo niño, lo vi ya de grande cuando era discoteca y ahora después que se desmonta la Dina y queda convertido en un sitio eriaz. Al volver a Chile lo em-

pecé a visitar. Fui muchas veces, en la mañana, otras al mediodía, estuve una noche ahí también. Y me sirvió bastante ese diálogo, no voy a decir con muertos, porque sería patético... pero sí había una suerte de comunicación.

—En una entrevista anterior usted dijo que la historia nacional está llena de nudos ciegos. ¿Se ha propuesto Germán Marín la tarea de desatarlos?

—No, pero éste era un nudo ciego, y la muerte del general Prats es otro que se está abriendo...

—¿Usted cree que la literatura ayuda en ese sentido?

—Yo no tengo una idea altruista de la literatura, no creo que sea una cama para enfermos. Sin embargo, para el escritor sí es muy importante, para él, que está comprometido con sus obsesiones. Para el resto no sé.

—¿Qué viene ahora para el autor de *El palacio de la risa*?

—Retomar la trilogía que empecé con *Círculo vicioso*, publicando *Las cien águilas*, en noviembre. Este segundo tomo viene a ser el silbido crepuscular de un cadete expulsado de la Escuela Militar por mala conducta. Un libro de 400 páginas, es decir, con la misma extensión del primero.

—¿Y el tercero?

—De ese me falta una pequeña parte. Entretanto voy a publicar otra cosa, una novela que hice en colaboración con mi mujer, totalmente distinta de estos temas. Y vamos a ver qué tal va.